

TEATRO



Una escena de 'Les étourdis'.

AGENCE ENGUERAND

Deschamps y la poética del desastre

La compañía de Jérôme Deschamps y Macha Makeïeff desmenuza las relaciones de poder en *Les étourdis*, espectáculo desopilante protagonizado por el jefe de una empresa y sus empleados. Se estrena el 19 de octubre en el festival Temporada Alta de Girona.

JAVIER VALLEJO

El mejor humor es trágico. Recordemos a Buster Keaton, lanzándose a la carrera, cerro abajo, para evitar ser arrollado por un desprendimiento. Decenas de rocas de cartón piedra ruedan tras él, y, cuanto más corre, más rocas arrastradas por las anteriores le van pisando los talones. Si le alcanzaran, Keaton moriría trágicamente, pero como su huida continúa, el público descarga la tensión acumulada riéndose de lo que le sucede, que no de él. Jérôme Deschamps, sobrino de Jacques Tati y admirador de Keaton, también es un humorista imperturbable. Sus personajes no gastan muecas ni comentarios. Se limitan a hacer lo que les mandan, o lo que pueden, con resultados invariablemente desastrosos. Son gente corriente superada por su entorno, una versión actual del Chaplin atrapado en la cadena de montaje de *Tiempos modernos* o de Jacques Tati intentando infructuosamente hacerse oír en medio del estruendo de los electrodomésticos de la cocina hipertecnológica de su cuñada, en *Mi tío*.

En los espectáculos de Deschamps hay un fuera de campo inmenso. Lo verdaderamente importante sucede al otro lado de los muros. ¿De dónde vienen sus atribulados protagonistas? ¿Adónde conducen esas puertas batientes que tanto les cuesta atravesar? ¿Y las escaleras, por las que se despeñan repetidas veces? ¿Qué son esos vidrios que escuchamos romperse con gran estrépito cada vez que uno de ellos sale de escena? Como en los mimodramas de Beckett, lo que está a la vista es sólo la punta del iceberg. En *Les pensionnaires*, por ejemplo, tres personajes caminan en hilera tras la barra del bar de lo que parece ser una residencia donde dos de ellos vi-

ven y el tercero trabaja de director. El primero cae de golpe en un abismo invisible para el público. El segundo sigue avanzando imperturbable, a pesar de haber visto lo que acaba de sucederle a su compañero, y cae también. El director, prudentemente, vuelve sobre sus pasos pero, sorpresa, se lo traga un abismo que no estaba segundos antes. Algunas escenas después, un pensionista es aspirado por el mecanismo de ventilación del edificio y, siguiendo la mirada de sus compañeros, le imaginamos volando a toda mecha a través de la red de tubos empotrados.

Los protagonistas de *Les étourdis*, espectáculo de Jérôme Deschamps y Macha Makeïeff que se estrena en España en el festival Temporada Alta, tampoco dan pie con bola. Son, o parecen, empleados de una empresa indeterminada. Llevan garrafas pesadas de acá para allá, llenas de quién sabe qué, mientras su jefe da órdenes contradictorias que nadie obedece. En su oficina, que también puede ser un almacén o lo que la imaginación del público disponga, nada está en su sitio y nadie llega a tiempo. El jefe corre hacia la puerta en la que, supone, ha sonado el timbre, mientras Dolly, la mujer a quien espera, entra siempre por el lado contrario. También Lubie, un perro amaestrado, corre adonde no le llaman y huye al escuchar su nombre. Todo es un caos pulcramente pautado.

Deschamps y Makeïeff, su compañera, son entomólogos de lo anodino: su teatro refleja el día a día, no los hitos ni los grandes gestos. Sus criaturas, *Les Deschiens*, están dibujadas del natural, mediante una observación minuciosa en extremo de la manera de andar, vestir, decir y callar de la gente. Los espectáculos que estrenaron en los años setenta y

ochenta transcurren en un universo doméstico de manteles de hule, vajilla Duralex pagada con cupones Hogar Moderno y ropa de Tergal. Los más recientes retratan al hombre en las organizaciones donde pasa la mayor parte de su vida, y las relaciones de poder que allí se establecen.

Jérôme Deschamps trabajó en la Comédie-Française, donde su manera de actuar a contratiempo y con el estupor del payaso en la cara, descolocaba a los *sociétaires*. Creo que todavía no han olvidado cuando, en *Don Juan*, intentando saltar por encima de las olas, tropezó y derribó el decorado. En ese instante, la Comédie perdió un primer actor cómico y el teatro ganó un creador irrepitible. Su método pasa por dejar a sus buenisimos intérpretes que improvisen libremente durante mes y medio, sin tema alguno y en rueda libre, para hilvanar luego sus hallazgos.

Desde 1979, cuando estrena *La familia Deschiens*, Deschamps ha ido confeccionando una comedia humana de nuestros días, casi sin palabras: los Deschiens se expresan encadenando exclamaciones, lugares comunes y frases inacabadas. En estos tiempos donde impera lo gracioso, su humor es serio, sistemático y algebraico.

En *Les étourdis*, intervienen Jean Delavalade, veterano de la compañía, Hervé Lassince, Patrice Thibaud y Luc Tremblais, las sopranos Catherine Gavrilovic y Nicole Monestier, el acordeonista Pascal Le Penec y el músico comediante Philippe Leygnac. Desde 2005, Deschamps es director de la Opéra Comique de París. Macha Makeïeff, que desde hace cinco años dirige el Théâtre de Nîmes, se ha ocupado de recuperar los viejos talleres de costura y carpintería, hoy en desuso en los teatros públicos.

Les étourdis. Girona. Teatre Municipal. 19 y 20 de octubre.

Bernhard con Lupa

Krystian Lupa convierte *Extinción* y *Le forn de calç* (*La calera*), novelas de Thomas Bernhard, en dos extraordinarios largometrajes teatrales que se presentan en Madrid y Girona.

J. V.

La caja escénica puede ser una simple prolongación de la platea... o un universo en la cuarta dimensión. Ahora que se lleva el teatro de pista, en contacto estrecho con el público, Krystian Lupa enmarca en rojo el arco del proscenio y tira una cinta del mismo color de lado a lado de la embocadura, a la altura del ombligo, para marcar distancias entre espectadores y representación. Ambos símbolos remiten a la vela roja encendida ante el sagrario: representan la consagración del teatro. Los espectáculos de Lupa son vida al otro lado del espejo, alumbrada en sesiones cuasi espiritistas donde se invoca el alma de la obra. Todos duran lo que deben durar, no lo que el mercado dicta. Hay que verlos con la disposición con que se abandona uno al sueño, dejándose caer dentro, sin resistencias. *Extinción* es una cata de seis horas en la novela homónima de Thomas Bernhard. Josef Murau, su protagonista, se ve obligado a regresar desde Roma, donde lleva una vida amable y filosófica, a su odiada Austria natal, tras recibir un telegrama en el que sus hermanas le comunican la muerte de sus padres y del hermano mayor en accidente de tráfico. El pasado, que Murau creía olvidado y sin retorno, se le viene encima como un alud.

En este espectáculo, que se representa en el Festival de Otoño de Madrid, todo es excepcional: los 21 intérpretes del Teatr Dramatyczny de Varsovia, con Piotr Skiba a la cabeza, la música envolvente de Jacek Ostaszewski, la luz atmosférica de Krzysztof Solczynski... y la escenografía de Lupa, que nos traslada en un abrir y cerrar de ojos de un espacio a otro, de la intimidad de la cocina al pabellón de juegos infantil, cuarenta años cerrado, que aparece inmenso, visto todavía con ojos de niño, como si el tiempo hubiera quedado congelado allí

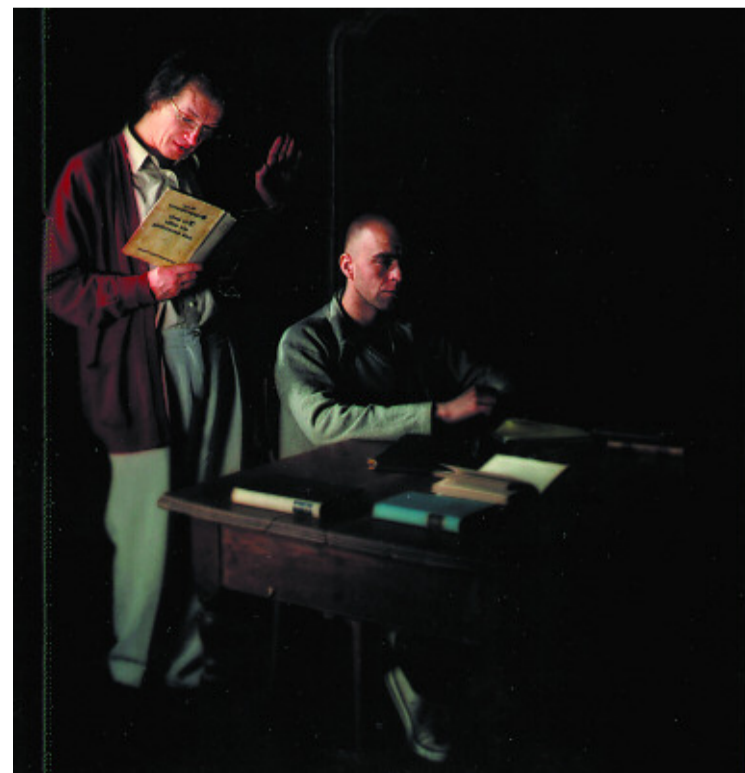
dentro y los oficiales de las SS hospedados gentilmente por la familia de Murau fueran a reaparecer en cualquier instante. Son fantasmas al acecho.

Vi *Extinción* en el Teatre Lliure en 2002, tras una noche en vela y un viaje agotador desde Madrid en bus. En la oscuridad, siguiendo los sobretítulos en catalán, empezaba a adormecerme cuando algo me agarró por la solapa y ya no me soltó: no fue la acción, tan recortada, sino la atmósfera intensa, la presencia real de los personajes y eso que Brook llama calidad objetiva. Zarandeado, mi sueño desapareció. *Extinción* tiene secuencias hipnóticas. En una, cuatro comensales, entre ellos el cardenal Spadolini, amante de la madre de Murau, charlan ante una mesa inmensa tendida de lado a lado del escenario, y cenan de verdad. En otra, el protagonista reconstruye imaginariamente la foto de bodas de su hermana: una orquestina toca, el fotógrafo coloca a los novios y a sus familiares en hilera, en posiciones forzadas, les pide que aguarden un momento antes de disparar, y los abandona. El padre muerto se suma al grupo.

Cinco años después, ¿seguirá este montaje igual de vivo? No creo que el tiempo lo haya deslustrado, pues en Polonia el teatro público se hace en régimen de repertorio, con compañías fijas, algo impensable aquí: sólo ha cambiado uno de los doce intérpretes principales.

La identificación de Krystian Lupa con Bernhard viene de largo. *El forn de calç* (*La calera*), espectáculo de cuatro horas producido en 1992 por el Stary Teatr de Cracovia, retrata a un investigador que, para redactar su obra maestra, decide recluírse en una fábrica de cal con su esposa paralítica. Se estrena en el festival Temporada Alta de Girona.

Extinción. Madrid. Teatro Valle-Inclán. Del 18 al 21 de octubre. *El forn de calç*. Teatre de Salt (Girona). 30 de noviembre y 1 de diciembre.



Representación de la obra 'Extinción'.

STEFAN OKOLOWICZ